

EL REY **SANCIONO** ANTE LAS CORTES EL TEXTO FUNDAMENTAL

“ESTA CONSTITUCION A TODOS DEBE REGIRNOS Y TODOS DEBEMOS ACATAR”

«La Corona **intentará** evitar | «Nuestras miradas deben **dirigirse** al porvenir con la más ilusiónada de las esperanzas»
o **conjugará** las discrepancias | girse al porvenir con la más
para lograr el bien de España» | ilusiónada de las esperanzas»

IMPORTANTE DISCURSO DE HERNÁNDEZ GIL

«LA CONSTITUCIÓN ES LA ESTRUCTURA DE LA DEMOCRACIA»

SU Majestad el Rey Don Juan Carlos sancionó ayer por la mañana, en un acto solemne y **emotivo**, la nueva Constitución de la democracia. De acuerdo con sus palabras, la **flexibilidad demostrada** por los partidos a la hora de armonizar sus respectivos proyectos políticos supone **«un mejor aval para que España pueda iniciar un nuevo período de «randeza»»**. Diputados y senadores, puestos en pie, **acababan** de subrayar con una cerrada ovación el momento en **que** el joven Monarca estampaba su firma, con **una** pluma de oro de la casa **Christian Dior**, bajo el texto constitucional. Su padre, Don Juan de Borbón —**toda una vida consagrada al ideal de la Monarquía democrática e integradora**—, a duras penas podía contener la emoción en una de las tribunas. Fueron

instantes inolvidables **para** la historia **grande** de España.

Fue un acto sencillamente perfecto. Incluso el tiempo contribuyó a darle realce y brillantez. La lluvia, que no había cesado de caer a lo **largo** de la **noche**, remitió por la mañana y **un** tibia sol inercial fue trepando por la fachada del **Palacio**

de la Carrera de San **Jerónimo**, hasta encaramarse sobre el dosel colocado ante la puerta principal. Los destellos de los tricórnios de la compañía de honores de la **Guardia Civil** **fueron creando** un ambiente **magnético y sereno**. El marco era de luminosa **calma** cuando Sus Majestades llegaron a las Cortes poco antes de **las once y media** de la mañana.

DON JUAN, RECIBIDO CON APLAUSOS

La inmensa **mayoría** de los **diputados y senadores** **va ocupaban sus escaños** y el primer **aplauzo** acababa de brotar del **hemisferio** cuando los Condes de **Barcelona**, en compañía de las **Infantas** Cristina y

POSIBLE DISOLUCIÓN
DE LAS CORTES

(Información pág. 9)

(PASA A LA PAG. 4)

HISTÓRICA SESIÓN EN LAS CORTES

(VIENE DE LA PAG. 1)

Elena, había ocupado sus lugares Junto a los dem miembros de la Familia Real. Los primeros en percatarse de su presencia habían sido los senadores de designación real Camilo José Cela, Guillermo Laca de Tena y Víctor de la Serna. Vueltos de forma ostensible hacia don Juan, ambos iniciaron el batir de palmas. Joaquín Salazar les secundó en seguida. Pronto, otros senadores de similar significación monárquica, cuyo ejemplo no tardó en prender en la inmensa mayoría de los presentes.

La tribuna presidencial, a la izquierda de la reservada a la Familia Real, estaba ocupada por los presidentes del Tribunal Supremo, Angel Escudero del Corral; del Tribunal de Cuentas, Servando Fernández Vitor del Consejo de Estado, Antonio María de Oriol, y de la Junta de Jefes de Estado Mayor, teniente eral gnacio Alzaro Arregui.

A su izquierda, en la tribuna del Cuerpo Diplomático, todas las miradas de los curiosos se centraban en el embajador norteamericano, Terence Todman. Los especialistas escrutaban, en cambio, el rostro inescrutable de Yuri Dubinin, el hombre de Moscú. Presidiéndolos a todos, en el centro de la primera fila, su decano, el nuncio D

Y a pocos metros de su solideo tenuemente carmin, el solideo granate de monseñor Tarancón. El presidente de la Conferencia Episcopal conversaba distendidamente con sus compañeros de palcos. Entre ellos el hebreo Vergel y el evangélico Cardona. Y en segundo plano, el padre Martín Patino, eficaz enlace entre el cardenal y el presidente de las Cortes durante la tensa jornada del miércoles.

La tribuna de la nobleza había sido, junto con la de Prensa, la primera en llenarse. La duquesa de Alba, acompañada de su marido, el director general de Música, Jesus Aguirre, había llegado al filo de las once, enfundada en una iridiscente chaqueta de un azul entre cobalto y gules. En torno suyo fueron ocupándose todos los asientos. De pie, en la última fila, el presidente del Siglo XXI Antonio Guerrero Burgos, con su flamante uniforme de ala de coronel jurídico del Ejército.

LA IZQUIERDA CUMPLIÓ CON EL PROTOCOLO

Se notaban más las presencias que las ausencias. Los periodistas anotaron, sin embargo, la falta del honorable Tarradellas, del diputado ex etarra Patxi turrioz y de Dolores barruri. Todos los demás parlamentarios ocup sus lugares con sus ternos oscuros recién planchados. Los dictados indumentarios del protocolo se siguieron casi unánimemente al pie de la letra. Dentro de las filas del P. S. O. E. la principal excepción er Nicolás Redondo con traje claro y camisa abierta. Su colega de Comisiones Obreras, Marcelino Camacho, embutido en un traje gris de tres piezas, parecía, en cambio, un conspicuo ejecutivo de la City londinense.

El Rey llegó al hemiciclo a las once y treinta y cuatro minutos. El intervalo había sido invertido en el llamado «Salón de los Pasos Perdidos», escenario de la entrega de una placa conmemorativa con las firmas de los miembros de las mesas de ambas Cámaras.

Don Juan Carlos vestía uniforme de capitán general e iba acompañado de su esposa, Doña Sofia, y de su hijo, el Príncipe

Don Felipe. Junto a ellos tomaron asiento el presidente de las Cortes y los del Congreso y Senado. Los entusiastas aplausos suscitados en el momento de la entrada de los Reyes habían permitido detectar ya unas cuantas excepciones en el contexto de la actitud general. Los parlamentarios «peneuvistas» —también unos cuantos, muy pocos, del P. S. O. E.— habían permanecido en sus escaños, clavados como postes, con los brazos caídos mientras los demás aplaudían.

Su comportamiento sería el mismo a lo largo de todo el acto. Sólo al final el senador Miquel nzueta —heredero del talante moderado y ecuaníme de Juan Ajuaguerra— rompería esta especie de disciplina de partido, sumándose a la ovación de los más. Arzallu explicaría a los periodistas que si bien están dispuestos a acatar la Constitución su contenido no les causa ningún entusiasmo y que, de la misma manera que el 6 de diciembre se abstuvieron de votar, ayer se abstuvieron de aplaudir.

RIGUROSO DISCURSO DE ANTONIO HERNÁNDEZ GIL

Vinieron entonces los discursos. El de Antonio Hernández Gil fue una pieza ri-

● Diputados y senadores aplaudieron largamente el instante en que el Rey firmó el texto constitucional

gurosa y elevada, digna de un intelectual de su talla. Dos de sus párrafos hicieron mover algunas cabezas en señal de asentimiento. El primero por su carácter indicativo de la nueva realidad posconstitucional: «La Constitución abre grandes puertas a la movilidad de las tareas políticas. Hasta ahora, en España, la política ha versado de una manera muy considerable sobre sí misma en sus aspectos organizativos. Ha sido antes problema que vía. Va no será así. El Estado social y democrático de derecho bajo la forma política de la Monarquía, la organización territorial del Estado, el pluralismo como cauce de las ideologías y de la defensa de los intereses, y las Cortes en su misión legislativa y de control del Gobierno, son elementos de una sólida estructura a partir del cual la acción política puede tomar derroteros más referidos a las concretas realidades.»

El segundo, por lo que supone de incitación a una nueva ética humanista de la existencia: «España —y señaladamente la juventud— necesita sentirse traída por la fuerza de los ideales. No pienso en imperialismos de grandeza, pero sí en propósitos de superación y de progreso. Hay que buscar la dimensión moderna, a la vez autóctona, europea y universal de España. Mucho pueden hacer las normas idóneas y la política de altas miras. No todo depende de la propia España en el mundo interdependiente de hoy. Mas hay una aportación que requiere del impulso personal como contribución al destino histórico. Colocaría el énfasis en el trabajo en la cultura y en cierta inclinación por la austeridad.»

Sus últimas palabras fueron de despedida —«sólo la independencia me habéis encarecido y he procurado servirla»— y de agradecimiento. Acababa de hacer una mención a la gentileza y discreción de la Reina y a la capacidad del Príncipe de Asturias de «acomodar con disciplina la fragancia de sus pocos años a estos ritos solemnes». El hijo del Rey no pudo ocultar una abierta sonrisa, que fue correspondida por un divertido movimiento de cabeza de Don Juan Carlos y por muy gestos de simpatía entre los asistentes. Antonio Fontán conversó durante unos instantes en voz baja con el heredero del Trono.

Tras firmar el ejemplar de la Constitución que le presentó el letrado mayor de las Cortes, Felipe de la Rira, el Rey pronunció su discurso trenzado, según él mismo dijo, con «palabras breves y sencillas». La idea medular de su Monarquía volvió a brotar de nuevo de sus labios: «Al ser ésta una Constitución de todos y para todos, es también la Constitución del Rey de todos los españoles.» Y al final la reiteración de su más firme promesa: «Todo mi tiempo y todas las acciones de mi voluntad estarán dirigidas a este deber que es el servicio de mi Patria.»

Luego vino la parada militar y el hemiciclo quedó rápidamente varío. Enganchados en los escaños permanecían una sensación y un deseo. La sensación de que las Cortes ya no volverán a reunirse en su actual composición y el deseo de que ninguno de los ayer presentes volvamos a ser testigos de la sanción solemne a ninguna otra Constitución.—Ped J. RAMÍREZ.